

ASOCIACIÓN ESPAÑOLA DE CIENCIAS POLÍTICAS Y DE LA ADMINISTRACIÓN

AREA VII ESTUDIOS INTERNACIONALES Y DE ÁREA

GT 7.10 ¿PODER NORMATIVO O REALISMO
GEOPOLÍTICO? UNA REDEFINICIÓN DE LA
DIPLOMACIA DE LA UE EN UN ORDEN
FRAGMENTADO Y GEOECONÓMICO

DIAGNÓSTICO DEL ORDEN LIBERAL: INTERPRETACIÓN DESDE EL MODELO DE MODELSKI

Autores:

IRENE SANTOS PADILLA

SANTIAGO CABALLERO MÁRQUEZ

DECLARACIÓN DE ORIGINALIDAD

"Por la presente se declara que este trabajo es enteramente una obra propia y que cualquier fuente de información adicional ha sido debidamente citada".

ÍNDICE

1. Introducción.....	3
2. Marco teórico	5
2.1. Revisión de la literatura sobre el orden liberal.....	5
2.2. Modelo de George Modelski	7
2.2.1. Fase 1. Guerra Global.....	8
2.2.2. Fase 2. La Potencia Mundial	9
2.2.3. Fase 3. La Deslegitimación	10
2.2.4. Fase 4. La Desconcentración.....	11
3. Discusión	12
3.1. Estados Unidos & OOI.....	13
3.2. Unión Europea	16
3.3. Capacidad De Implementación Del Modelo	18
3.4. Debilidades	21
4. Conclusión.....	23
5. Bibliografía.....	23

1. Introducción

El presente trabajo se sitúa en el ámbito de las Relaciones Internacionales y el comportamiento sistémico de la política global, en el marco general de la crisis del orden global liberal liderado por Estados Unidos y basado en normas, democracia, globalización económica y cooperación. Se plantea la posible aportación analítica del trabajo de George Modelski sobre los ciclos largos como modelo que amplía la comprensión de esta realidad de cambio de paradigma histórico. Esta perspectiva teórica argumenta la existencia de ciclos largos en la dimensión temporal de la política internacional, desde que ésta existe, que explican la historia del sistema internacional mediante procesos repetitivos que comparten una serie de características. Las principales son la presencia de un marcado liderazgo mundial por parte de una potencia, cuatro fases diferenciadas dentro del ciclo y la existencia de una o varias potencias globales que desafíen a la que ejerce ese liderazgo mundial.

Es necesario comprender que este análisis brinda una posible explicación al deterioro del orden liberal internacional, cuestión fundamental para el entendimiento del mundo en el que vivimos y de las decisiones políticas que toman nuestros líderes. De esta forma, se plantea una propuesta teórica que permite el acercamiento a una realidad más compleja. Por ello, no se toma como completamente cierta, sino como un planteamiento que puede aportar profundidad en la materia.

Dicho esto, se puede afirmar que el mundo se enfrenta a grandes peligros. El orden liberal internacional construido tras el fin de la Guerra Fría está viendo sus propios pilares desmoronarse a una velocidad alarmante. Las instituciones, normas y valores sobre los que se asientan las dinámicas internacionales del siglo XXI están siendo contestadas por diferentes actores, conflictos, innovaciones tecnológicas y narrativas que han penetrado en todas las regiones del mundo. El Derecho Internacional, por su parte, se ha convertido en un mero espejismo de lo que un día fue. Actualmente, están en juego los principios fundamentales sobre los que se asientan las relaciones internacionales (Borrell, EEAS, 2022).

La crisis del COVID-19, la invasión de Ucrania por parte de Rusia, los diversos conflictos en Oriente Medio y el auge de diferentes ideologías contrarias a las ideas liberales son sólo los vértices visibles del iceberg de realidades que están acabando con la concepción liberal del sistema internacional. Sus principales actores promotores y artífices, desde los Estados Unidos hasta la Unión Europea y pasando por las Naciones Unidas o la OTAN, toman decisiones contrarias a los intereses liberales, paradójicamente. Estos mismos actores se ven envueltos en relaciones de interdependencia cuya instrumentalización y conflictividad conllevan más amenazas que beneficios multilaterales (Borrell, EEAS, 2022). Es decir, la cooperación entre Estados ya no produce tantos beneficios como antes, en su apogeo, sino que genera una fuente de diversos conflictos. Un ejemplo de ello podría ser la coerción energética utilizada como arma política por Estados como Irán. La explicación de este fenómeno tiene su origen en el hecho de que las Relaciones Internacionales están volviendo a estructurarse en torno a

criterios realistas, en los que el objetivo que más importa es imponerse frente al otro y ser más poderoso que él.

Para comprender estos fenómenos de forma conjunta, es pertinente esclarecer los límites del sistema político global que rige en la actualidad. Se entiende como “orden mundial” el conjunto organizado de instituciones, normas, principios y valores que gobiernan las interacciones entre los Estados, siendo de alcance mundial cuando todos los Estados participen en él (Mearsheimer, 2019). El orden mundial actual es liberal, y liderado por los Estados Unidos. Sus instituciones son de alcance global —como la Organización de las Naciones Unidas— y gestionan las relaciones interestatales bajo los criterios del internacionalismo liberal, cuyas características son una economía internacional abierta que maximizara el libre comercio, la promoción de la democracia liberal como modelo aspiracional para todos, y una red de instituciones internacionales con membresía universal que produjera normas.

No obstante, la estabilidad hegemónica construyó una ficción social que beneficiaba al conjunto, particularmente a la potencia hegemónica, mientras nadie la impugnara seriamente. Esta ficción se denominó orden liberal multilateral, cuya época parece haber terminado. Así, la geopolítica se ha convertido en el tema prioritario de la agenda pública, debido a que la amenaza de deserción del pacto de la potencia que garantizaba la seguridad del mundo occidental le obliga a enfrentarse a una realidad desconocida.

El modelo de los ciclos largos de George Modelski se presenta como un posible marco explicativo útil para analizar el cambio de paradigma internacional al que muchos autores internacionalistas hacen alusión en sus trabajos, pudiendo aportar una perspectiva cíclica sobre el modo de funcionamiento del sistema político global. El objetivo del modelo, según su propio autor, es el de organizar el conocimiento sobre la política mundial del pasado y del futuro. Las evidencias sobre las que se basa Modelski para afirmar que la política internacional tiene una dimensión temporal repetitiva es la existencia de unos ciertos patrones que comparten los cinco ciclos identificados en su trabajo: guerras mundiales, liderazgos mundiales de una sola potencia —concepto mayormente conocido en Relaciones Internacionales como “hegemonía”— y vinculados a grandes innovaciones.

Si tomamos como verosímiles estas características, es posible afirmar que el liderazgo de Estados Unidos como hegemón global es una realidad que coincide con dichas premisas. A partir de aquí, nuestro trabajo va a tratar de comprobar si es posible explicar la decadencia de este orden mundial liberal a través de los ciclos largos, buscando similitudes entre el contexto político, económico y social del Sistema Internacional actual y las cuatro fases de los ciclos largos. El problema del fenómeno a analizar es que esta crisis sin precedentes deja a la comunidad internacional en una posición de incertidumbre acerca del futuro, con un inminente vacío de poder o de liderazgo internacional causado por la ruptura del compromiso del artífice del orden liberal, Estados Unidos, que en los últimos años se ha ido desligando progresivamente de tratados internacionales,

instituciones internacionales y vínculos cercanos con sus aliados —como anunció en enero de 2026 la retirada de 66 Organizaciones Internacionales—.

Argumentar que este orden mundial establecido tras el fin de la Guerra Fría está en crisis es un juicio particular que puede discutirse en la comunidad de RRII, y, en este sentido, se debe de argumentar pertinentemente. Atendiendo a las distintas interpretaciones de las teorías de las RRII, hay tres formas de interpretar la crisis del orden liberal que se van a analizar en el siguiente apartado, exponiendo claramente el razonamiento de cada una.

La pregunta de investigación a la que se va a tratar de responder es la siguiente:

¿Es posible explicar la crisis del orden liberal internacional desde la perspectiva del modelo de los ciclos largos de Modelski y qué aportaciones ofrece a la comprensión del problema desde el paradigma de las Relaciones Internacionales?

Para responder a ella, primero se va a analizar el propio modelo de los ciclos largos de George Modelski, explicando los argumentos principales y sus cuatro fases diferenciadas. Posteriormente, el modelo se contrastará con la literatura existente sobre la crisis del orden liberal, y se tratará de probar la hipótesis del trabajo:

La crisis del orden liberal puede explicarse a través del modelo de los ciclos largos de George Modelski, existiendo características semejantes entre el fenómeno a tratar y las dos últimas fases del ciclo largo: fase de deslegitimación y fase de desconcentración.

Posteriormente, recurriendo a datos y a esas mismas premisas teóricas, en el apartado de «Discusión» se tratará de plantear argumentos que muestren el potencial explicativo del modelo a favor de esta hipótesis, así como las debilidades que presenta. Se comprobará si la hipótesis propuesta es verídica o no, respondiendo a la pregunta principal para finalizar con una conclusión del trabajo que sintetice las ideas principales del texto y ofrezca una reflexión final sobre las aportaciones que este trabajo ofrece al ámbito de las Relaciones Internacionales.

2. Marco teórico

2.1. Revisión de la literatura sobre el orden liberal

En primer lugar, autores liberales como G. John Ikenberry argumentan que la hegemonía estadounidense se está debilitando, pero que es posible su supervivencia mediante la capacidad de repensar y reinventar sus fundamentos. Identifica el origen de la crisis del orden en los cambios que acontecieron cuando, al finalizar la Guerra Fría, pasó de ser un orden acotado a Occidente a ser un orden global que se expandió hacia afuera. La entrada de nuevos Estados no liberales al orden hizo que las instituciones que previamente eran una fuente de estabilidad se superaran, dando lugar a una crisis de autoridad (Ikenberry, 2018). En otras palabras, una gama diversa y amplia de Estados

reclamaba un espacio y voz en la toma de decisiones en aquellas instituciones que antes tenían una sola línea ideológica. De esta forma, se perdió el sentido de comunidad.

En segundo lugar, argumentos realistas como los que John Mearsheimer propone alegan que el orden internacional liberal se está desmoronando. Esto es así porque estaba condenado al fracaso (Mearsheimer, 2019). La intervención en la política interna de Estados soberanos para conseguir una transición democrática socavaría la legitimidad de EE.UU. —como, de hecho, ocurrió en Afganistán en 2001 o está ocurriendo actualmente en Venezuela—, mientras que plantearía serios problemas políticos relacionados con la soberanía nacional y el nacionalismo, teniendo en cuenta que son la mayor herramienta de legitimación del Estado-nación moderno (Gellner, 1983). Esta dicotomía entre la delegación de soberanía a las instituciones internacionales y la organización de la política global en Estados-nación podemos observarla actualmente en la tendencia al alza de las narrativas nacionalistas que realzan el papel de la soberanía nacional y de la protección de las fronteras. Esta ola reaccionaria se apodera de las narrativas ideológicas y políticas que la población consume a través de los medios digitales, suponiendo una grave amenaza a la democracia liberal. De esta forma, Mearsheimer expone que las semillas de su decadencia fueron plantadas en el momento de su propio éxito, de manera similar a lo que el argumento liberal defiende.

Por último, atendiendo a la vertiente crítica de la teoría de las RRII, se encuentran explicaciones de la crisis del orden liberal a través de la visión de autores pertenecientes al Sur Global, como Amitav Acharya, que elabora una perspectiva alternativa en la que argumenta que el orden liberal lleva erosionándose más tiempo del que se piensa. Desde la ralentización en el crecimiento del PIB de China, el rechazo a la globalización en la campaña electoral estadounidense que Donald Trump ganó en 2016, la proliferación de acuerdos regionales e iniciativas acotadas (ASEAN, BRICS, UE y otros pactos bilaterales) hasta los retrocesos democráticos en numerosos países (Egipto, Tailandia) y la propia erosión democrática en Occidente, el orden liberal lleva mostrando signos de decadencia mucho antes de que Donald Trump volviera a la presidencia de EE.UU. en 2025.

Mientras el *soft power* se siga erosionando, la influencia del orden liberal internacional seguirá disminuyendo (Acharya, 2017). De esta forma, el autor propone que lo que espera al sistema internacional es un mundo no sólo multipolar, sino complejo y multidimensional. Es decir, no sólo basado en el equilibrio de poder material o militar, sino en la capacidad de interacción diplomática o política. En este mundo, el Sur Global y los actores no estatales tendrán un papel creciente. Este es un mundo más descentralizado, diversificado y multidimensional. Los determinantes de la paz, el desarrollo y la estabilidad no surgen de un solo polo, por poderoso que sea, ni de un número limitado de potencias.

En conclusión, se puede afirmar que existe consenso en la literatura de las RRII en que el orden liberal liderado por EE.UU. está en crisis, y que a la comunidad internacional le espera un cambio de paradigma inminente que no se parece en absoluto

al vigente. Estas ideas encajan con el argumento principal del presente trabajo. Los ciclos largos de Modelski representan una repetición en el tiempo de cuatro fases por las que pasan los liderazgos hegemónicos de las potencias globales desde que estas existen (alrededor del siglo XVI). Así, la crisis de orden que estamos viviendo concuerda con las fases 3 y 4 de Modelski: la fase de deslegitimación, y la fase de desconcentración, en las que nuevos actores comienzan a elaborar cuestionamientos de orden legítimos.

2.2. Modelo de George Modelski

El deterioro del orden liberal planteado en el apartado anterior requiere un marco capaz de situar sus manifestaciones inmediatas dentro de procesos más amplios de transformación política. Con este propósito, como antes se adelantaba, se adopta el modelo de ciclos largos de George Modelski como instrumento histórico-estructural para examinar las variaciones del liderazgo, la legitimidad, la coordinación y la distribución de capacidades a nivel global. No se pretende anticipar el desenlace del orden vigente, sino identificar las dinámicas y los síntomas que permiten diagnosticar su estado sistémico

El modelo de Modelski constituye una teoría de la temporalidad y del cambio estructural del sistema político global a través de ciclos largos, es decir, una secuencia mediante la cual la comunidad política global afronta, durante un periodo aproximado de un siglo, el problema del liderazgo y de la organización del orden (Modelski, 1987). Cada ciclo atraviesa cuatro fases de duración cercana a una generación —guerra global, potencia mundial, deslegitimación y desconcentración—, aunque estas magnitudes expresan regularidades históricas y no umbrales cronológicos exactos. El ciclo no describe simplemente el ascenso y declive de un Estado, sino el cambio estructural de la política global, siendo de carácter recurrente al reaparecer problemas funcionales semejantes, pero añadiendo en cada ciclo una variación evolutiva basada en innovaciones y nuevas instituciones —globales y/o nacionales—.

La unidad de análisis, por tanto, es el sistema político global o comunidad política global, entendida como la red de relaciones encargada de definir problemas colectivos y organizar respuestas en la escala mundial (Breuilly, 1993). Este ámbito combina una dimensión competitiva —la disputa por la posición dirigente— y otra de política pública —la determinación de objetivos, reglas y medios de acción colectiva—. Las fases representan, por ello, configuraciones del conjunto del sistema, caracterizadas por distintos niveles de autoridad, legitimidad, cohesión en formación de alianzas y coaliciones, concentración de capacidades y aptitud para resolver problemas comunes. Las unidades que estructuran esta comunidad son las potencias globales, capaces y dispuestas a actuar de forma sostenida en distintas regiones y desplegar capacidades de alcance mundial (Walt, 2025). Entre ellas se distinguen la potencia mundial, que ocupa la posición dirigente; el desafiante, que cuestiona esa posición y la orientación del orden; y las restantes potencias globales (Modelski, 1987).

El ciclo se articula mediante dos variables: la preferencia por el orden, equivalente a la demanda de liderazgo; y la disponibilidad de orden, equivalente a su oferta efectiva. La primera expresa la prioridad atribuida a la seguridad, la estabilidad normativa, la coordinación y la resolución de problemas colectivos; mientras que la segunda, la capacidad realmente existente para proporcionar esos bienes. Los desajustes entre preferencia y disponibilidad activan dos mecanismos de retroalimentación: el mecanismo regulador, de carácter negativo, que responde a amenazas y desequilibrios mediante procesos de contención, coalición y restauración de la estabilidad; y el mecanismo de desarrollo, de carácter positivo, que amplifica innovaciones políticas, económicas, estratégicas e institucionales.¹

De la oscilación entre ambas variables resultan cuatro configuraciones sistémicas clasificadas en fases por el modelo y mostradas a continuación en la siguiente tabla:

Fase del ciclo	Preferencia por el orden	Disponibilidad de orden
1º- Guerra Global	alta	baja
2º- Potencia Mundial	alta	alta
3º- Deslegitimación	baja	alta
4º- Desconcentración	baja	baja

2.2.1. Fase 1. Guerra Global

La guerra global constituye la primera fase del ciclo largo desde la perspectiva del sistema político global, aunque en realidad sea el resultado de la deslegitimación y la desconcentración del ciclo precedente. Aparece ante la erosión continuada del dirigente anterior: la contestación de las reglas, la dispersión de las capacidades de alcance mundial y la formación de coaliciones rivales, que convierten la competencia ordinaria en una crisis sobre la dirección del sistema global (Modelska, 1987) —se entiende por tanto la guerra global como la manifestación más visible de un déficit previo de liderazgo—.

Para desempeñar la categoría de global, el conflicto debe presentar una duración aproximada de una generación, involucrar a las principales potencias globales, responder a una quiebra estructural del orden y producir consecuencias duraderas (Modelska, 1987). En el modelo también se contempla que la guerra pueda estar integrada por varias treguas o arreglos provisionales —para Modelska las dos guerras mundiales formaron parte del mismo conflicto global de cambio de fase al ser el Tratado de Versalles solo una prolongación del mismo conflicto, con su verdadera finalización en 1945— pues la

¹ En este artículo no se abordará de manera exhaustiva la definición ni el desarrollo teórico de estos mecanismos, sino que se emplearán como herramientas analíticas para interpretar distintas dinámicas del sistema internacional contemporáneo. Para una exposición detallada de su formulación consulte la obra original de Modelska, especialmente el capítulo 5, dedicado al modelo parsoniano de aprendizaje y los requisitos funcionales.

continuidad relevante no es la de los combates, sino la persistencia de una misma disputa por el liderazgo. Como último matiz, Modelski también puntualiza que una guerra regional, por destructiva que sea, no constituye una guerra global a no ser que por sí misma transforme la estructura política superior del sistema.

Cabe destacar que esta concentración histórica de la violencia tiene como núcleo conceptual la macrodecisión, entendido como un proceso agregado que resuelve quién ejercerá el liderazgo y qué orientación política, institucional y normativa organizará el orden posterior (Modelski, 1987). De acuerdo con Modelski, la macrodecisión no implica per se la guerra, pero esta es la única herramienta que se conoce efectiva para reorganizar la comunidad política global en estado de desorden.

2.2.2. Fase 2. La Potencia Mundial

Resuelta la macrodecisión, la segunda fase comienza cuando la potencia seleccionada y la coalición vencedora transforman el resultado de la guerra global en una oferta efectiva de orden. En este contexto, la experiencia de desorden vivida por la comunidad global mantiene una fuerte preferencia por la seguridad y la coordinación, mientras que la concentración de capacidades permite satisfacerla. Desde la modalidad de aprendizaje de la potencia dirigente, esta fase corresponde a la implementación de la solución previamente seleccionada.

La denominación «potencia mundial» no alude simplemente a un Estado especialmente poderoso ni exige la desaparición de toda oposición. Puede coexistir con rivales ideológicos, equilibrios regionales y guerras periféricas. Lo decisivo es la centralidad funcional de una unidad capaz de proteger comunicaciones, sostener aliados, garantizar rutas, respaldar reglas y organizar respuestas de alcance mundial (Brzezinski, 1997).

En esta fase, la dinámica característica es la institucionalización del liderazgo. Durante este proceso, la formación de agenda convierte los problemas identificados durante la crisis en prioridades regulares y la coalición militar vencedora se transforma así en infraestructura política, quedando la victoria sedimentada en alianzas, instituciones internacionales, normas económicas y mecanismos de cooperación (Modelski, 1987). Adelantándonos al apartado de «discusiones», en el orden estadounidense o liberal, esta lógica adoptó la forma histórica de apertura económica, multilateralismo, cooperación de seguridad y solidaridad democrática entre otras (Moravcsik, 1992).

No obstante, el éxito contiene las tensiones que erosionarán la propia fase. La concentración militar, financiera y tecnológica produce rentas monopolísticas, dependencias y una distribución desigual de beneficios; al mismo tiempo, la difusión de innovaciones permite la imitación, el aprendizaje y la aparición posterior de competidores (Modelski, 1987). Eventualmente, se añade la tensión entre las obligaciones globales del dirigente y las demandas de su sociedad nacional, cuya disposición a sostener los costes del liderazgo depende de las preferencias e intereses representados internamente. Con el

tiempo, la seguridad deja de percibirse como un bien esencial —al conseguirse una etapa de paz duradera, el centro de gravedad de la comunidad global cambia a otras cuestiones que no son de la especialidad del líder global— y aumenta la controversia sobre costes, prioridades y autonomía (Modelska, 1987).

2.2.3. Fase 3. La Deslegitimación

La tercera fase comienza cuando el orden institucionalizado durante la etapa de potencia mundial conserva todavía una capacidad considerable para proporcionar seguridad, reglas y coordinación, pero disminuye la disposición de la comunidad política global a reconocerlo, financiarlo y reproducirlo. En este proceso, la potencia mundial puede continuar administrando instituciones y aplicando reglas, pero cada actuación requiere mayores costes políticos y suscita un cuestionamiento creciente de su legitimidad (Modelska, 1987) —tanto a nivel nacional como internacional.

Modelska no equivale deslegitimación a colapso institucional u hostilidad hacia la potencia dirigente, sino a la separación progresiva entre cumplimiento y adhesión. Las reglas continúan operando porque todavía proporcionan beneficios, ya que abandonarlas resulta costoso o debido a que todavía no existe una alternativa viable; sin embargo, dejan de expresar una concepción ampliamente compartida del interés general (Mearsheimer, 2018)². Para que exista deslegitimación en sentido sistémico, el cuestionamiento debe afectar al fundamento funcional y normativo del liderazgo, no limitarse a críticas coyunturales contra una política concreta.

Esta erosión responde, en primer lugar, al cambio generacional. La experiencia de la guerra global había producido una intensa preferencia por la estabilidad y legitimando compromisos extraordinarios; sin embargo, conforme desaparecen las generaciones socializadas por aquella ruptura, la paz general se normaliza, disminuye la memoria directa del desorden y los costes del liderazgo dejan de interpretarse como inevitablemente necesarios (Modelska, 1987). Paralelamente, el debilitamiento de la amenaza común reduce la cohesión de la coalición vencedora. Los aliados reclaman mayor autonomía, renegocian obligaciones y conceden prioridad a intereses nacionales, mientras las sociedades de la potencia dirigente revisan su disposición a financiar compromisos exteriores —ahora las preferencias domésticas y los conflictos distributivos condicionan así tanto la demanda de liderazgo como la capacidad política para sostenerlo.

Como se ha adelantado en la fase anterior, se da una paradoja de éxito, ya que las innovaciones económicas y tecnológicas difundidas por la potencia mundial ahora permiten que otros actores acumulen capacidades y reduzcan dependencias (Modelska, 1987). Al mismo tiempo, las soluciones del ciclo precedente generan nuevos problemas que las instituciones fundadas a partir de la macrodecisión no siempre pueden identificar

² Para una comprensión más profunda del cambio de paradigma que afecta a la concepción del orden internacional contemporáneo, resulta especialmente pertinente la lectura de Mearsheimer, utilizada igualmente en este artículo, en *Bound to Fail: The Rise and Fall of the Liberal International Order*.

o gestionar. A partir de ese momento, la deslegitimación se convierte entonces en una crisis de agenda donde el dirigente conserva una capacidad superior para administrar y mantener el statu quo pero pierde aptitud para redefinir sus finalidades y formular respuestas adaptadas a las nuevas condiciones —posible interpretación en el organicismo del Estado por Ratzel, comprendiéndolo como una evolución darwinista—. Por ello, esta dinámica incorpora actores con identidades y demandas diferentes, incluyendo nuevas voces en la representación institucional global debilitando la percepción de pertenecer a una única comunidad de seguridad común.

2.2.4. Fase 4. La Desconcentración

Por último, la desconcentración —término único utilizado por Modelski en su obra traducido literalmente del inglés «decocentration»— comienza cuando la erosión normativa característica de la fase anterior se traduce en una pérdida efectiva de capacidad para organizar el orden por parte de la potencia dirigente. Mientras que durante la deslegitimación la potencia mundial conservaba todavía recursos, instituciones y alianzas suficientes para sostener una oferta elevada de orden, en esta última fase disminuyen simultáneamente la demanda de liderazgo y su disponibilidad. La menor disposición a asumir los costes del orden debilita los compromisos internacionales, reduce la cohesión de las coaliciones y termina afectando a la capacidad colectiva para proporcionar seguridad, administrar reglas y resolver problemas globales (Modelski, 1987).

En esta fase, cabe puntualizar que la desconcentración no equivale al simple declive nacional de la potencia dirigente, ya que esta puede continuar creciendo en términos absolutos, conservar superioridad en determinados sectores y mantener instituciones creadas durante etapas anteriores. Tampoco se debe identificar automáticamente con la multipolaridad —entendida únicamente como existencia de varios centros relevantes de poder—. En esta fase se designa una transformación más profunda, donde la dispersión de capacidades coincide con la fragmentación normativa, la ruptura de solidaridades políticas y la incapacidad para integrar la pluralidad emergente dentro de una dirección común.

El mayor problema que afronta la potencia mundial es el de no retorno. El poder que había mantenido unido el orden se dispersa sin que las instituciones creadas consigan sustituirlo mediante legitimidad compartida, siguiendo la desintegración del propio orden y de aquellos que lo componen. De esta manera, la estructura deja de ser meramente plural y comienza a polarizarse en torno a coaliciones e identidades incompatibles con el orden marcado.

Finalmente, la potencia mundial encuentra mayores dificultades para identificar nuevos problemas, movilizar apoyos, adoptar decisiones vinculantes, administrar instituciones y conservar la primacía innovadora (Modelski, 1987). El liderazgo adopta progresivamente una orientación defensiva: en lugar de reformar el sistema, protege posiciones, privilegios, alianzas e instituciones heredadas. Paralelamente, otros centros

adquieren capacidades militares, tecnológicas, financieras, productivas y comunicativas. La antigua concentración se transforma en una rivalidad oligopolística en la que varias potencias buscan maximizar beneficios particulares, cuestionan la distribución existente de prestigio, seguridad y recursos, y subordinan el interés sistémico a sus ventajas inmediatas (Modelska, 1987).

Esta dinámica intensifica el dilema de seguridad y, conectando con la introducción, se retorna al realismo. La pérdida de una autoridad ampliamente reconocida dificulta distinguir entre medidas defensivas o preparación coercitiva. La formación de coaliciones alternativas, el rearme, el proteccionismo, la competición tecnológica y la creación de instituciones rivales, a su vez, se refuerza en un aparente bucle de seguridad defensiva.

La fase, en última instancia, es simultáneamente terminal y preparatoria —para el cambio de ciclo, comenzando la nueva fase de macrodecisión para reestablecer el orden—. Desde la perspectiva del orden existente, representa fragmentación y pérdida de capacidad; desde la de las potencias aspirantes, constituye una etapa de acumulación de recursos, articulación de intereses y formación de coaliciones. En su tramo final, las consecuencias del desorden reactivan gradualmente la demanda de seguridad y dirección, exigiendo la existencia de un procedimiento capaz de resolver la disputa sobre el liderazgo y de legitimar una nueva oferta de orden.

3. Discusión

En términos modelskianos, el orden liberal internacional puede entenderse como el resultado de la macrodecisión que cerró el ciclo anterior y permitió articular una nueva fórmula de organización del sistema internacional. Su función consistió en responder a los problemas derivados de la Guerra Fría—seguridad, estabilidad, articulación de coaliciones y provisión de orden— mediante la institucionalización de mecanismos orientados, en última instancia, a reducir la conflictividad y garantizar unas condiciones relativamente estables de paz.

Sin embargo, el comportamiento efectivo del orden liberal se ha ido distanciando progresivamente de algunos de los principios normativos sobre los que construyó su legitimidad —democracia, derechos humanos, libertad y soberanía—, presentando actualmente dinámicas crecientemente iliberales y coercitivas (Keohane, 1984). Ahora bien, del mismo modo que resultaría problemático asumir el optimismo teleológico asociado a la tesis de Fukuyama sobre la consolidación de la democracia liberal como horizonte ideológico tras el final de la Guerra Fría, tampoco parece metodológicamente adecuado decretar el colapso irreversible del orden liberal. En este sentido, planteamientos realistas como el de Mearsheimer, que identifica desde su origen contradicciones estructurales vinculadas al carácter ideológico del orden liberal frente a dinámicas como el nacionalismo o la incorporación de sociedades con valores, culturas y

concepciones de seguridad diferentes, permiten explicar parte de sus tensiones pero no necesariamente establecer de forma definitiva su desaparición.

Adelantando una de las premisas que estructurarán el siguiente apartado, el orden liberal internacional puede interpretarse, desde una perspectiva modelskiana, como el resultado de una macrodecisión sistémica destinada a reorganizar la política global. Esta arquitectura no debe concebirse como una construcción estática. La lógica evolutiva del ciclo largo presupone que, del mismo modo que se transforman las sociedades y los Estados, también lo hacen los marcos normativos e institucionales encargados de organizar el sistema. Cuando las estructuras heredadas pierden capacidad para responder a nuevas problemáticas, su funcionalidad y legitimidad comienzan a erosionarse (Keohane, 1986). La posterior macrodecisión no implica, sin embargo, una sustitución absoluta del orden precedente, sino que aquellas instituciones que conserven utilidad sistémica pueden ser incorporadas en el nuevo ciclo, mientras que los mecanismos incapaces de adaptarse son desplazados o reformulados, dando lugar a nuevas estructuras de organización y liderazgo global.

Por ello, el siguiente apartado examinará las principales dinámicas que afectan actualmente al funcionamiento del orden liberal, atendiendo especialmente a aquellas prácticas que se han alejado de sus principios fundacionales. A partir de este diagnóstico, dichas transformaciones serán posteriormente contrastadas con las características sistémicas de las distintas fases del ciclo largo de Modelski, con el objetivo de determinar su utilidad explicativa para interpretar la coyuntura internacional contemporánea y, al mismo tiempo, identificar las limitaciones del modelo cuando se aplica al análisis del orden actual.

3.1. Estados Unidos & OOH

En este apartado no se pretende identificar de manera exhaustiva el factor concreto que produjo el progresivo distanciamiento de Estados Unidos respecto de los principios que habían legitimado su liderazgo internacional, sino sistematizar aquellas dinámicas de carácter iliberal, autoritario o coercitivo que entran en contradicción con el universalismo liberal promovido durante la etapa unipolar.

Uno de los síntomas más significativos de esta transformación es la regresión democrática. Frente a las expectativas de expansión progresiva de la democracia asociadas al optimismo posterior a la Guerra Fría y a la tesis de Fukuyama, las últimas décadas han estado marcadas por el ascenso de liderazgos populistas, nacionalistas y autoritarios, así como por la proliferación de regímenes híbridos en los que persisten determinadas estructuras electorales mientras se deterioran progresivamente el pluralismo político, el Estado de derecho y las libertades individuales (Ikenberry, 2018). Un ejemplo particularmente ilustrativo sería la Primavera Árabe. Las movilizaciones iniciadas en 2010-2011 fueron inicialmente interpretadas como una posible apertura democrática en Oriente Medio y el norte de África; sin embargo, gran parte de aquellas expectativas

desembocaron en restauraciones autoritarias, conflictos internos o nuevas formas de represión política. Incluso Túnez, considerado durante años la principal excepción democrática del proceso, ha experimentado una pronunciada regresión autoritaria. Esta tendencia además no se ha limitado a regiones tradicionalmente asociadas con regímenes no democráticos, ya que la consolidación de fuerzas populistas, nacionalistas e iliberales también ha afectado a democracias europeas y occidentales.

De igual manera, la propia potencia dirigente del orden liberal internacional, llamada a actuar como principal referente de sus principios democráticos, ha experimentado un progresivo deterioro de las bases normativas que sustentaban esa posición. Levitsky y Ziblatt, en *Cómo mueren las democracias*, analizan precisamente la vulnerabilidad de la democracia estadounidense frente al acceso al poder de dirigentes con tendencias autoritarias, señalando especialmente el debilitamiento de la función de los partidos políticos como mecanismos de contención —teniendo como ejemplo la consolidación de Donald Trump como candidato presidencial y una manifestación fidedigna de ese fracaso institucional—. Además, se enfatiza que la erosión democrática de Estados Unidos muere gradualmente, en un deterioro progresivo y aparentemente legal a través de sus propias instituciones —el poder judicial, la prensa o las elecciones—, debilitando los contrapesos institucionales que impiden la autocratización del sistema democrático (Levitsky & Ziblatt, 2018).

Otro ámbito determinante para analizar las transformaciones del orden contemporáneo es el papel desempeñado por las organizaciones internacionales y por la arquitectura económica promovida bajo liderazgo estadounidense. Durante la Guerra Fría, Estados Unidos impulsó progresivamente un modelo de apertura comercial y liberalización económica, concebido como instrumento tanto de crecimiento como de estabilización del sistema. Esta orientación se institucionalizó a través del GATT y de organismos surgidos del sistema de Bretton Woods, como el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, que contribuyeron a estructurar un marco económico internacional basado en la reducción progresiva de barreras comerciales y una creciente interdependencia económica, en última instancia, fomentar la globalización (Huntington, 1981).

No obstante, esta lógica de apertura comercial y progresiva reducción arancelaria ha experimentado un notable retroceso, alcanzando una de sus manifestaciones más evidentes durante la Administración Trump. El recurso a los aranceles como instrumento de coerción económica ha permitido a Estados Unidos movilizar su poder de mercado para imponer determinadas preferencias comerciales y estratégicas, particularmente frente a competidores como China, aun a costa de introducir mayores fricciones en el comercio internacional y generar efectos adversos sobre Estados con economías todavía en desarrollo. Esta utilización del poder económico no se ha limitado, además, a los adversarios estratégicos, sino que se ha extendido a algunos de los principales aliados de Washington. En el acuerdo alcanzado con la UE se ha ratificado la aplicación de un arancel estadounidense del 15 % sobre productos europeos —tras haberse planteado

previamente gravámenes considerablemente superiores—, acompañado del compromiso europeo de realizar inversiones adicionales por valor de 600.000 millones de dólares en Estados Unidos hasta 2028 y de eliminar todos los aranceles sobre productos industriales estadounidenses (Comisión Europea, 2025). Esta reconfiguración no solo evidencia una relación marcadamente asimétrica, sino que evidencia como el mayor precursor de la liberalización económica emplea instrumentos proteccionistas y coercitivos incluso frente a sus socios tradicionales, reorganizando alianzas y generando incentivos para que la Unión Europea diversifique su agenda de socios geoestratégicos, incluidos actores que hasta ahora habían sido considerados adversarios del bloque occidental.

Volviendo al papel de las organizaciones internacionales, resulta pertinente detenerse brevemente en dos de las instituciones centrales del orden liberal internacional: Naciones Unidas y la OTAN. La ONU desempeñó un papel fundamental en la progresiva incorporación de Estados, sociedades y tradiciones políticas diversas a una estructura común de gobernanza internacional, coherente con la vocación universalista del orden promovido por Estados Unidos (Calleo & Rowland, 1973). Durante los primeros años de la etapa unipolar, esta capacidad de coordinación adquirió especial relevancia en conflictos como el de los Balcanes. La Resolución 836 (1993) del Consejo de Seguridad, al ampliar las facultades de UNPROFOR y contemplar el recurso a la fuerza y al apoyo aéreo ejemplificó una fórmula de actuación en la que legitimidad multilateral y coordinación institucional podían operar de manera complementaria —precisamente las premisas del orden liberal internacional.

La situación contemporánea presenta, sin embargo, un escenario considerablemente distinto. Una de las funciones esenciales de Naciones Unidas — preservar la paz y la seguridad internacionales y facilitar mecanismos de resolución colectiva de conflictos— se encuentra crecientemente limitada por la fragmentación política entre las grandes potencias y por la propia estructura decisoria del Consejo de Seguridad (Weiss, 2003). La incapacidad para alcanzar consensos vinculantes ante conflictos de elevada intensidad ha reducido significativamente su capacidad de actuación, desplazándola en numerosos casos hacia funciones humanitarias, diplomáticas o declarativas. En este sentido, pueden establecerse ciertas analogías funcionales —aunque no una equivalencia histórica estricta— con la parálisis experimentada por la Sociedad de Naciones durante el periodo de entreguerras frente a crisis como la invasión italiana de Etiopía o la expansión japonesa en Manchuria. La prolongación de conflictos como la guerra ruso-ucraniana, la guerra israelí-palestina o el conflicto entre Estados Unidos e Irán, junto con disputas territoriales persistentes y conflictos civiles en África y Asia, evidencian las dificultades de Naciones Unidas para desempeñar una función efectiva de regulación de la violencia internacional (Ikenberry, 2020). Retomando la lógica modelskiana, Naciones Unidas puede interpretarse como una de las principales soluciones institucionales surgidas de la macrodecisión que reorganizó el sistema internacional bajo liderazgo estadounidense. Su utilidad fue especialmente visible al canalizar demandas de seguridad y legitimidad colectiva, sin embargo, la transformación de las problemáticas sistémicas no ha ido acompañada de una adaptación equivalente de

sus capacidades y funciones, por ello su estancamiento, siendo desplazada progresivamente hacia una posición secundaria dentro de determinadas dinámicas centrales de la política global.

De manera similar ocurre con la OTAN, concebida inicialmente como un instrumento de contención frente a la expansión soviética en Europa y como mecanismo de institucionalización de la presencia estratégica estadounidense mediante un sistema de defensa colectiva. Tras el final de la Guerra Fría, la organización experimentó una profunda reconfiguración funcional, mostrando capacidad de adaptación en escenarios como el ya mencionado en los Balcanes. Sin embargo, en la actualidad, determinadas prácticas impulsadas desde Washington han introducido una lógica crecientemente coercitiva en el funcionamiento de la Alianza. Las presiones dirigidas a incrementar el gasto en defensa, las amenazas de condicionar las garantías de seguridad a determinados aliados y la utilización de la dependencia estratégica como instrumento de negociación tensionan los principios de soberanía e igualdad formal entre sus miembros (Priebe, 2026). Esta dinámica adquiere una dimensión especialmente significativa en casos como Groenlandia, territorio autónomo integrado en el Reino de Dinamarca, donde las pretensiones estadounidenses han generado fricciones directas con un aliado y han puesto de manifiesto la creciente instrumentalización de las relaciones atlánticas en función de intereses estratégicos nacionales de Estados Unidos (Priebe, 2026).

3.2. Unión Europea

La Unión Europea, por su parte, constituye probablemente una de las mayores expresiones del orden liberal internacional. Su proceso de construcción e integración fue progresivo y siempre se articuló bajo un marco compartido vinculado con el ideario liberal de democracia, Estado de derecho, derechos humanos y desarrollo económico e innovación (Walt, 2025). No obstante, de forma paralela al deterioro de algunas de las bases normativas del propio orden liberal internacional, las dinámicas internas de la Unión y determinadas actuaciones en su proyección exterior, se han ido alejando progresivamente de los principios y expectativas que inspiraron su construcción inicial.

Para Schuman y, especialmente, para Monnet, los periodos de crisis no debían interpretarse necesariamente como amenazas para el proceso de integración, sino como oportunidades para profundizarlo (Gilligham, 2003). La respuesta a las crisis debía articularse mediante mayores niveles de cooperación y mediante la creación de nuevos mecanismos normativos e institucionales que reforzasen progresivamente la interdependencia entre los Estados miembros (Gilligham, 2003). Desde esta perspectiva, cada crisis podía convertirse en un impulso adicional hacia una integración más profunda. Sin embargo, determinadas dinámicas recientes cuestionan esa lógica de solidaridad e integración. El episodio de presión migratoria sobre Ceuta constituye un ejemplo significativo pues, frente a una respuesta centrada prioritariamente en la cooperación, la asistencia o el refuerzo conjunto de las capacidades españolas, algunos Estados recurrieron a medidas orientadas a justificar la reintroducción temporal de controles

fronterizos sobre viajeros procedentes de España —y en el caso italiano hasta presentar un memorándum para suspender formalmente el Acuerdo Schengen con el Estado español—. Este tipo de respuestas, de carácter defensivo y marcadamente nacionalistas, entra en tensión con el fundamento político originario del proyecto europeo, basado precisamente en la solidaridad entre sus miembros y la superación progresiva de respuestas estrictamente nacionales ante problemas compartidos.

En su proyección exterior, la Unión Europea también ha desarrollado comportamientos que evidencian una aplicación desigual de los principios normativos sobre los que fundamenta su acción internacional. Esta contradicción resulta especialmente visible al comparar su respuesta frente a la guerra ruso-ucraniana con la adoptada ante el conflicto israelí-palestino. Frente a Rusia, la Unión ha articulado un amplio régimen de sanciones que incluye congelación de activos, restricciones comerciales, medidas financieras y una progresiva reorientación de sus dependencias energéticas, aun asumiendo los costes económicos derivados de esta política. Estas medidas han sido justificadas, entre otros motivos, por la vulneración de la soberanía e integridad territorial ucranianas y por las graves violaciones del Derecho Internacional Humanitario atribuidas a las fuerzas rusas. Sin embargo, una respuesta de intensidad comparable no se ha producido respecto de Israel, pese a las acusaciones de graves vulneraciones del Derecho Internacional Humanitario, crímenes de guerra y crímenes contra la humanidad formuladas en relación con la conducción de las operaciones militares en Gaza y durante el conflicto. La continuidad de relaciones comerciales tecnológicas y de seguridad con Israel introduce así una evidente dicotomía entre pragmatismo estratégico y la acción exterior europea basado en su marco de defensa de los DDHH.

Esta contradicción adquiere una dimensión adicional en relación con la Corte Penal Internacional. Tanto Vladimir Putin como Benjamin Netanyahu han sido objeto de órdenes de detención emitidas por la CPI, lo que activa obligaciones de cooperación para los Estados parte del Estatuto de Roma —Estatuto del que Estados Unidos no forma parte a falta de la ratificación de su adhesión, esperada desde 2001—. Resultó especialmente significativo, en este sentido, que Netanyahu pudiera visitar Hungría en 2025 sin ser detenido y, además, el episodio adquiere mayor relevancia por producirse bajo el gobierno de Viktor Orbán, cuya evolución política iliberal había entrado reiteradamente en tensión con los principios democráticos y jurídicos que constituyen parte del fundamento normativo de la propia Unión Europea (Scheiring & Szombati, 2020).

Estos comportamientos crecientemente iliberales y coercitivos alimentan una narrativa internacional que facilita la deslegitimación del orden liberal internacional y permite cuestionar la coherencia de aquellos actores que exigen a terceros el cumplimiento de principios que no siempre observan en su propia conducta exterior. En este contexto, potencias como China adquieren una relevancia creciente al ser capaces de operar dentro de las propias estructuras del orden vigente, aprovechar sus mecanismos y, simultáneamente, cuestionar la legitimidad del liderazgo occidental. China evidencia así

que la participación activa en mercados globales, instituciones multilaterales —Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras (BAII), los BRICS o el Nuevo Banco de Desarrollo, junto con foros multilaterales con ASEAN o CELAC— y mecanismos de cooperación internacional no exige necesariamente la adopción de una configuración política liberal.

China reúne varios atributos que permiten considerarla una potencia global con capacidad potencial para disputar posiciones de liderazgo: dispone de una elevada capacidad económica, una creciente proyección marítima y militar³, y una notable capacidad de innovación tecnológica e institucional (Dickson, 2021). Sin embargo, estas condiciones no bastan para categorizarla plenamente como desafiante sistémico. La disputa por el liderazgo exige no solo acumulación de capacidades, sino también la formulación de una alternativa capaz de reorganizar la comunidad política global y ofrecer respuestas distintas a los problemas del orden vigente (Cohen, 2015). Aunque Pekín cuestiona de manera recurrente las contradicciones del liderazgo occidental y denuncia la distancia entre sus principios declarados y determinadas prácticas internacionales, no ha articulado hasta el momento un proyecto de orden completamente sustitutivo (IEEE, 2022). Su agenda estratégica continúa fuertemente vinculada a objetivos nacionales —la reunificación nacional y la cuestión de Taiwán—, mientras que su acción exterior combina contestación selectiva del orden existente con el aprovechamiento de muchas de sus instituciones y mecanismos.

3.3. Capacidad De Implementación Del Modelo

El modelo de Modelski presenta, atendiendo al análisis del marco teórico, aportaciones útiles a la explicación de la crisis del orden liberal. Teniéndose en cuenta las características de las dos últimas fases, existen argumentos favorables para relacionarlas con la coyuntura actual. No obstante, también deben ser expuestas las debilidades que presenta el modelo y cómo éstas pueden disminuir su capacidad explicativa. En este apartado se van a analizar ambos argumentos.

La fase de deslegitimación, caracterizada por una alta disponibilidad del orden pero baja preferencia por el mismo, puede vincularse de forma más adecuada con la crisis del orden liberal. Las instituciones, normativas, alianzas y políticas que caracterizan al orden liberal internacional siguen vigentes, y las acciones políticas en el Sistema Internacional aún se articulan en base a los principios liberales. No obstante, su vigencia no garantiza su cumplimiento. Es decir, pese a que organizaciones internacionales como las Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio, el Fondo Monetario

³ En la formulación de Modelski, la concepción geopolítica que adquiere mayor relevancia es la asociada al poder marítimo de Mahan. Aunque determinadas intuiciones de Mackinder y Spykman resultan compatibles con su interpretación de la competencia entre potencias, el control de los espacios marítimos ocupa una posición central dentro de su explicación del liderazgo global. Por ello, el poder marítimo constituye uno de los principales indicadores para identificar a una potencia global y, especialmente, para medir su grado de superioridad respecto de otros competidores con aspiraciones de liderazgo. Para mayor información véase *Influence of Sea Power upon History* de Alfred Thayer Mahan.

Internacional o la OTAN siguen existiendo y ordenando las relaciones interestatales, su influencia está perdiendo peso. En su lugar, una amplia preferencia por los intereses nacionales surge como tendencia política, incluso en las democracias occidentales. Así, Donald Trump prometió llevar a cabo una política exterior nacionalista de “America First” y presumió de su previa amenaza de abandonar a sus aliados de la OTAN si no aumentaban sus gastos en defensa. De la misma forma, la potencia dirigente dejó de financiar compromisos exteriores —31 entidades pertenecientes a las Naciones Unidas y 35 organizaciones internacionales—. Trump desprecia generalmente las instituciones que conforman el orden internacional liberal, incluidas la UE y la OTAN, que describió como “obsoletas” en 2016.

No obstante, autores como Mearsheimer apuntan a que la crisis de liderazgo se viene anunciando desde 2005, teniendo en cuenta los problemas sucedidos desde entonces en Oriente Medio, la crisis financiera de 2008, la Guerra de Ucrania y la previa anexión de Crimea en 2014 o la deriva de la Unión Europea desde el Brexit.

La paradoja de éxito de la fase de deslegitimación, que consiste en la acumulación de capacidades materiales —económicas— por parte de otros actores causada por la difusión de la potencia mundial, también puede verse reflejada en la actualidad. De hecho, en este caso no sólo atendiendo al aumento de las capacidades materiales, sino también al aumento de la influencia internacional mediante estructuras institucionales creadas dentro de la lógica liberal, que, sin embargo, responden a la ausencia de capacidad de acción de la potencia principal —Estados Unidos— a los nuevos problemas que ha sido incapaz de gestionar. En otras palabras, otros actores que ahora acumulan capacidades económicas y de innovación similares a la potencia proponen soluciones alternativas a las del polo hegemónico. China ha avanzado en este ámbito, liderando un gran número de instituciones internacionales que incluyen los BRICS, (Brasil, Rusia, India, China y Sudáfrica), la Organización de Cooperación de Shanghái, junto con otros estados asiáticos, o el Banco Asiático de Inversión en Infraestructuras, por no mencionar más. China utiliza estos espacios para promover sus intereses particulares y contrarrestar a EE.UU.

Por otro lado, se puede argumentar que en la dimensión estratégica existe una revisión de la legitimidad de intervenciones y compromisos, tal y como la tercera fase de Modelski puntualiza. La revisión de la legitimidad de las intervenciones estratégicas ha sido un elemento constante en el liderazgo de EE.UU., desde Vietnam a Afganistán, pasando por Yemen o Siria. Muchos autores reconocen la hipocresía que reside en la política intervencionista estadounidense en supuesta defensa de la democracia. Las evidencias más recientes se encuentran en la crítica de la comunidad internacional al apoyo incondicional de EE.UU. a Israel en la guerra de Gaza.

Por otro lado, la OTAN como compromiso institucional garante de la seguridad de los países occidentales y aliados de EE.UU. también se encuentra en crisis. La potencia mundial se está alejando progresivamente de los intereses comunes de occidente, bajo el argumento de la unilateralidad de la carga económica que esta alianza representa para su gasto nacional. Estados Unidos está apostando por priorizar sus activos miliares de 2026

con la reposición de sus propias reservas de misiles. Esto unido a la exigencia de los EE.UU. hacia los Estados miembros de la OTAN de destinar el 5% del PIB al gasto en defensa y seguridad se alza como una declaración de intenciones que insta a la UE a dotarse a sí misma de las capacidades necesarias para sobrevivir. También otros aliados tradicionales como Japón han comenzado a preocuparse por su autonomía estratégica tras décadas de dependencia estadounidense.

Mientras los compromisos tradicionales se ponen bajo cuestionamiento y emergen nuevos mecanismos regionales cuyo objetivo es la autonomía estratégica, nuevas narrativas se contraponen a toda cuestión relacionada con el globalismo (Cooley y Nexon, 2025), la cooperación internacional o a la apertura de barreras comerciales y fronteras. La consecuente regresión democrática supone un problema grave en las sociedades occidentales que tradicionalmente han defendido el internacionalismo liberal. El ejemplo más palpable es el auge de la extrema derecha en el mundo occidental, en el caso de Europa con Reagrupamiento Nacional (RN) en Francia y de Alternativa para Alemania (AfD), o Hermanos de Italia en Italia. En América Latina este fenómeno es observable porque los líderes de extrema derecha están ganando terreno en todo el continente. Javier Milei en Argentina, Nayib Bukele en El Salvador o José Antonio Kast en Chile.

Todas estas realidades apuntan a que las características de la tercera fase del modelo de Modelski podría encajar casi perfectamente con la crisis del orden liberal. En este sentido, aunque la potencia mundial conserva aún capacidad para proporcionar seguridad, reglas y coordinación interestatal gracias a los mecanismos liberales creados tras la Segunda Guerra Mundial y tras la Guerra Fría, la comunidad política global disminuye su demanda de este orden, y se muestra un menor interés por reproducirlo.

Surgen nuevas alternativas políticas por parte de otras potencias menores, que además aumentan sus capacidades materiales y tecnológicas, como China. Comienza así una crisis de autoridad, como la que Ikenberry identifica: la entrada de nuevos Estados al orden (o, en este caso, su ascenso como potencias desafiantes) hace que las instituciones que antes representaban una fuente de estabilidad ahora reclaman mayor influencia en la toma de decisiones. Así, EE.UU. pierde influencia paulatinamente, mientras que se desvincula de ciertos espacios multilaterales que antes servían para establecer su agenda y producir normas. Se da, por lo tanto, una deslegitimación del orden.

Por otro lado, fase cuarta o de desconcentración es el momento en el que el orden deja de estar únicamente cuestionado y pasa a estar fragmentado. En este caso, hay baja demanda de orden y baja disponibilidad de orden. En la cuarta fase disminuye la disposición a asumir los costes del liderazgo, característica que puede atribuirse a la actual coyuntura internacional en el hecho de que Estados Unidos se haya desprovisto de la necesidad de asumir la mayor parte de los gastos de la OTAN y se haya desvinculado de distintas OI. No obstante, no es un argumento suficientemente favorable para afirmar que se está entrando en la cuarta fase, porque a pesar de las diversas amenazas y discursos contradictorios la amenaza no ha llegado a fragmentarse.

Además, la fase de desconcentración se caracteriza por ser una etapa constructiva de movilización, inversión, acumulación de capacidades, articulación de intereses y formación de coaliciones por parte de la potencia emergente o desafiante. Si bien es cierto que las potencias desafiantes al orden (Rusia, China o India) están siendo punteras en inversión tecnológica y acumulación de capacidades —especialmente China—, no se puede decir que haya una formación de coaliciones alternativa ni una oferta de orden diferente al vigente.

Es más, los que se supone que deberían desafiarlo son los que más están ofreciendo apoyo al orden liberal, aunque sea de forma condicionada y a corto plazo (Acharya, 2017). Una investigación de Pew demostró que el 60% de los encuestados chinos y un 52% de los indios estaban de acuerdo en que la implicación en la economía global es positiva (Stokes, 2016). En 2025, Xi Jinping proponía una “globalización inclusiva” (El País, 2025). Por ello, sería erróneo identificar patrones de formación de órdenes alternativos al existente pertenecientes a la cuarta fase del ciclo largo de Modelski. Las propias potencias desafiantes no están si quiera en capacidad de oponerse al orden actual debido a sus problemas internos y estancamiento económico (Acharya, 2017).

3.4. Debilidades

Si bien el modelo de ciclos largos ha resultado ser una herramienta útil para identificar patrones recurrentes en las dinámicas del sistema internacional y realizar un diagnóstico sobre la evolución del liderazgo global —y, en este caso, sobre el orden liberal internacional—, su aplicación presenta diversas limitaciones metodológicas que reducen su capacidad explicativa cuando se traslada de manera rígida al análisis contemporáneo de las Relaciones Internacionales.

Una de las críticas más evidentes reside en su regularidad temporal. El modelo establece ciclos de aproximadamente un siglo, estructurados en cuatro fases cuya duración media se aproxima a una generación, en torno a veinticinco o treinta años. Esta periodización introduce un componente de determinismo cronológico difícilmente compatible con la evolución irregular de los procesos políticos internacionales y de las ciencias sociales en general, ya que la transformación del liderazgo, la legitimidad y la distribución de capacidades no necesariamente avanzan de manera sincronizada ni respetan intervalos temporales previamente establecidos. De este modo, una de las principales limitaciones del modelo es su vocación predictiva, al proyectar regularidades históricas observadas en ciclos anteriores sobre la evolución futura del sistema político global. Por tanto, esta pretensión puede conducir a una interpretación dogmática y teleológica del cambio internacional, en la medida en que presupone una sucesión relativamente ordenada de fases y comportamientos a partir de patrones históricos que no necesariamente deben reproducirse bajo condiciones sistémicas diferentes.

Otra limitación del modelo reside en la tendencia a asociar el cierre de cada ciclo con la obsolescencia de las estructuras institucionales heredadas. La lógica modelskiana

vincula la crisis del orden precedente con la pérdida de eficacia de sus mecanismos de regulación y con la posterior aparición de nuevas reglas, coaliciones e instituciones tras la macrodecisión. Sin embargo, la evolución histórica muestra que determinadas instituciones pueden reformarse y adaptarse para incorporarse al nuevo orden cuando continúan proporcionando mecanismos eficaces de legitimidad o gestión de poder.

Una crítica que el modelo comparte parcialmente con determinadas aproximaciones realistas es su focalización analítica en las grandes potencias y en las unidades capaces de ejercer liderazgo sistémico. Esta dinámica limita la incorporación al análisis de procesos impulsados por otro tipo de Estados, organizaciones internacionales o empresas transnacionales que también pueden modificar agendas y equilibrios de poder. A ello se le añade la limitación vinculada al nivel de análisis, centrado en la escala global, relegando las dinámicas regionales, nacionales o locales a un plano secundario. Ejemplo de esta limitación sería la ya nombrada Primavera Árabe, iniciando una movilización local en Túnez, que rápidamente se organizó a nivel nacional hasta difundirse al resto de sociedades de Oriente Medio y del Norte de África, convirtiéndose en un movimiento generalizado de una acción particular local, transformado para siempre la región.

Por último, debe considerarse el contexto histórico en el que fue formulado el modelo, a finales de la Guerra Fría y antes de la consolidación de la revolución digital y de los actuales niveles de interdependencia global. El sistema internacional contemporáneo presenta una densidad de conexiones económicas y sociales muy superior a la existente cuando se desarrolló la teoría, lo que, siguiendo con el caso anterior, incrementa la capacidad de acontecimientos inicialmente localizados para generar efectos transnacionales difíciles de anticipar.

A ello se añade la dificultad de identificar un liderazgo único en un sistema caracterizado por una creciente distribución funcional del poder (Walt, 2025). Aunque Estados Unidos mantiene una posición predominante en capacidades militares y financieras, otros actores concentran recursos esenciales en ámbitos específicos, donde China constituye un centro de producción e innovación tecnológica, o India, que incrementa progresivamente su peso económico y demográfico (Lee, 2016). Esta fragmentación funcional dificulta reducir el liderazgo contemporáneo a una única potencia, dificultando así todavía más la aplicación del modelo. Asimismo, la centralidad otorgada por el modelo a las potencias globales infravalora el papel de Estados que, sin reunir plenamente esa condición, poseen capacidades altamente especializadas con efectos sistémicos. Taiwán constituye un ejemplo paradigmático por su posición en la fabricación avanzada de semiconductores a través de TSMC, o su homólogo Samsung en Corea del Sur. La dependencia de las grandes potencias respecto de estos nodos productivos demuestra que la influencia sistémica contemporánea puede derivarse no solo de capacidades militares o de liderazgo global, sino también del control de tecnologías, recursos críticos y alianzas comerciales centradas en la importación de bienes de producción especializada.

4. Conclusión

Tras realizar el análisis el deterioro del orden liberal internacional haciendo uso del modelo de ciclos largos de George Modelski se concluye que el modelo presenta una utilidad significativa como instrumento de diagnóstico estructural, pero presenta una completa limitación cuando se utiliza con una pretensión predictiva o determinista sobre la evolución futura de las relaciones internacionales.

Las dinámicas examinadas en el Sistema Internacional corresponden de una manera especialmente elevada con las características de la fase de deslegitimación. La arquitectura institucional construida bajo liderazgo estadounidense continúa operativa pero su existencia formal convive con un progresivo cuestionamiento de su legitimidad, eficacia y representatividad. El debilitamiento del multilateralismo, la regresión democrática, el auge del nacionalismo y las tensiones entre aliados occidentales son solo una muestra de la decadencia del orden liberal pero no su completa destrucción.

Al mismo tiempo, determinadas dinámicas presentan elementos compatibles con la fase de desconcentración. La dispersión progresiva de capacidades y la creciente autonomía estratégica de distintos actores apuntan hacia una estructura internacional menos concentrada. Sin embargo, estos elementos no configuran plenamente la última fase del ciclo, ya que persisten las instituciones centrales del orden y no existe una alternancia sistémica suficientemente articulada capaz de sustituir la estructura del orden liberal internacional actual.

5. Bibliografía

- Abril, G (2025). Xi Jinping propone una “globalización inclusiva” tras sellar la tregua comercial con Trump. El País. Xi Jinping propone una “globalización inclusiva” tras sellar la tregua comercial con Trump | Internacional | EL PAÍS
- Acharya, A. (2017). After Liberal Hegemony: The Advent of a Multiplex World Order. *Ethics & International Affairs*, 31, no. 3, pp. 271-285.
- Breuilly, J. (1993). *Nationalism and the state* (2nd ed.). University of Chicago Press.
- Brzezinski, Z. (1997). *The grand chessboard: American primacy and its geostrategic imperatives*. Basic Books.
- Bruce Stokes, “Unlike the West, India and China Embrace Globalization,” Yale Global Online, October 18, 2016, yaleglobal.yale.edu/content/unlike-west-india-and-china-embrace-globalization
- Calleo, D. P., & Rowland, B. M. (1973). *America and the world political economy: Atlantic dreams and national realities*. Indiana University Press.

- Cohen, S. B. (2015). *Geopolitics: The geography of international relations* (3rd ed.). Rowman & Littlefield.
- Comisión Europea. (2025, 29 de julio). *Explicación del acuerdo comercial UE-EE. UU.* Representación en España. https://spain.representation.ec.europa.eu/noticias-eventos/noticias-0/explicacion-del-acuerdo-comercial-ue-ee-uu-2025-07-29_es
- Cooley, A. & Nexon, C. (2025). Trump's Antiliberal Order. *How America First Undercuts America's Advantage*. [Trump's Antiliberal Order: How America First Undercuts America's Advantage](#)
- Dickson, B. J. (2021). *The party and the people: Chinese politics in the 21st century*. Princeton University Press.
- European External Action Service. (2022). *A strategic compass for security and defence*. https://www.eeas.europa.eu/sites/default/files/documents/strategic_compass_en_web.pdf
- Gellner, E. (1983). *Naciones y Nacionalismo*. Alianza Universidad. ISBN: 84-206-2532-9.
- Gillingham, J. (2003). *European integration, 1950–2003: Superstate or new market economy?* Cambridge University Press.
- Huntington, S. P. (1981). *American politics: The promise of disharmony*. Belknap Press of Harvard University Press.
- Ikenberry, G. J. (2018). The end of liberal international order? *International Affairs*, 94(1), 7–23. <https://doi.org/10.1093/ia/iix241>.
- Ikenberry, G. J. (2020). *A world safe for democracy: Liberal internationalism and the crises of global order*. Yale University Press.
- Instituto Español de Estudios Estratégicos. (2022). *China: El desafío de la nueva potencia global* (Cuadernos de Estrategia, 212). Ministerio de Defensa.
- Keohane, R. O. (1984). *After hegemony: Cooperation and discord in the world political economy*. Princeton University Press.
- Keohane, R. O. (1986). Theory of world politics: Structural realism and beyond. In R. O. Keohane (Ed.), *Neorealism and its critics* (pp. 158–203). Columbia University Press.
- Lee, C. M. (2016). *Fault lines in a rising Asia*. Carnegie Endowment for International Peace.
- Levitsky, S., & Ziblatt, D. (2018). *How democracies die*. Crown.
- Mearsheimer, J. J. (2018). *The great delusion: Liberal dreams and international realities*. Yale University Press.

- Mearsheimer, J. J. (2019). Bound to fail: The rise and fall of the liberal international order. *International Security*, 43(4), 7–50. https://doi.org/10.1162/isec_a_00342.
- Modelska, G. (1987). Long cycles in world politics. Macmillan. <https://doi.org/10.1007/978-1-349-09151-5>.
- Moravcsik, A. (1992). Liberalism and international relations theory (Working Paper No. 92-6). Center for European Studies, Harvard University.
- Priebe, M. (2026). *How to deliver on NATO 3.0*. RAND
- Scheiring, G., & Szombati, K. (2020). From neoliberal disembedding to authoritarian re-embedding: The making of illiberal hegemony in Hungary. *International Sociology*, 35(6), 721–738.
- The New York Times (2016). Donald Trump Says NATO is 'Obsolete,' UN is 'Political Game' - First Draft. Political News, Now. - The New York Times
- Walt, S. M. (2025, October 28). Democratic peace theory, R.I.P.: The rise, and potential fall, of a mainstay academic theory. *Foreign Policy*.
- Weiss, T. G. (2003). The illusion of UN Security Council reform. *The Washington Quarterly*, 26(4), 147–161.